

PETROGLIFOS DE INTI-HUASI, IMBABURA

(Resumen)

Por
CESAR VASQUEZ FULLER

En las ondulantes estribaciones septentrionales del Cusin, macizo que se eleva a 3.990 mtrs. de altura, sobresale en la margen derecha de una quebrada un acantilado de roca volcánica, que el nombre primitivo utilizó para grabar algunos dibujos.

El explorador que recorre estas desoladas regiones y los peñascos erectos que las lluvias desnudaron, siente la sensación de que algo que tuvo movimiento y vida se agita por estos parajes y no tiene por menos que sobrecogerse ante tan imponente espectáculo.

Los indios comarcanos que habitan los lugares más cercanos a este sitio lo llaman Inti-huasi, que en quechua quiere decir templo o casa del sol. No han faltado también quienes lo denominan Atoc-huasi (casa o guarida de lobo).

Los dibujos, que damos a conocer hoy por primera vez, nos llegan como un milenario recuerdo de un pueblo misterioso e inteligente que vivió en este rincón de los andes ecuatorianos y del cual no se tiene información alguna.

Inti-huasi está localizado a 22 km. al este de la ciudad de Otavalo y a 11 km. de la población de San Pablo del Lago, hacia la parte oriental, a una altura de 3.200 mtrs. sobre el nivel del mar.

Los petroglifos han sido grabados en la superficie de una roca volcánica de aproximadamente veinte metros de largo por tres metros de alto, que aflora en la margen derecha de una quebrada. Parece que ciertas partes de esta superficie han recibido un ligero pulimento para posibilitar su escritura.

La superficie de la roca, lisa y relativamente uniforme, permitió a los artistas primitivos realizar su labor con cierta facilidad y las depresiones suaves, como ligeras oquedades, les sirvieron en determinados casos como guías para grabar los petroglifos.

Los grabados, de los que se observan claramente más de cuarenta, forman en su mayoría círculos o caras humanas, medias caras y otros dibujos complicados. Las líneas se mantienen en buena parte del mismo ancho para casi todos, lo que prueba que se utilizó un mismo instrumento. La técnica empleada parece consistió en un picado con cincel y luego un bruñido o alisado mediante fricción con otra piedra.

Pese a la regularidad de algunos círculos o caras que presentan las series, no parece se sirvieron de un compás o cuerdecilla para guiarse desde el centro común.

Los petroglifos forman una serie de grupos generalmente aislados, aunque entre sí y con el todo guardan una estrecha relación. Daremos en otra oportunidad su descripción.

CALENDARIO INCA Y CHIBCHA

Por

CESAR VASQUEZ FULLER

El grado de civilización desarrollado entre las culturas andinas era muy elevado. La ciencia astronómica había alcanzado un apreciable progreso.

Según refiere Blas Valera, historiador del siglo XVI, los pueblos del Tahuantinsuyo conocían perfectamente muchos de los planetas por sus nombres y aun por sus funciones astrológicas. A Venus la llamaban **Chasco**, a Júpiter, **Pirúa**; a Marte, **Aucayoc**; a Mercurio, **Cotu illa**; a Saturno, **Hau-cha**.

El citado autor deja entrever que el habitante del Ande había logrado determinar algunas constelaciones zodiacales al afirmarnos "que tal estrella tenía figura de cordero, porque era su oficio guardar y conservar ovejas; tal estrella figura de león; tal estrella figura de serpiente."

Finalmente, Blas Valera es más explícito al informarnos que "El templo del signo Escorpión era bajo, con un ídolo de metal en figura de serpiente o dragón, con un escorpión a la boca y apenas entraba en él nadie, sino los hechiceros."

Los astrólogos efectuaban sus predicciones, dice Valera, mediante "la contemplación de las estrellas y de sus constelaciones, o por las respuestas que daban los oráculos", y agrega que "tal fue el oráculo de Multipampa en Quito y de Pacasmayo en los valles de Trujillo, y de Rimac en Lima, y el de Pachacamac, y el de Titicaca o (como otros llaman, Inticaca, en la provincia del Collao".

En cuanto a los calendarios de las culturas incaica y la chibcha, existen evidencias. Algunos de los primeros cronistas de la Colonia son muy exactos acerca de los meses en que debían realizarse las labores agrícolas, los ritos religiosos que pertenecían a cada uno de éstos.

Los pueblos de cultura más avanzada fueron agricultores por excelencia y, por lo mismo, lo más importante para ellos fue fijar las fechas para los eventos principales relacionados con el laboreo del suelo: la siembra, el riego y la cosecha.

Las condiciones especiales físicas de la región andina fueron controladas por dos períodos fundamentales de lluvia

y de sequía. El invierno y el verano fueron observados. Para establecer esas bases, poseían conocimientos astronómicos.

Los movimientos tanto del sol como de la luna fueron registrados en sus calendarios. Vestigios arqueológicos encontrados demuestran claramente que algunos de éstos sirvieron para determinar los equinoccios y los solsticios y aun los meses del año.

Los incas creían que en los dos grandes días del equinoccio, el Padre Sol bajaba a vivir entre los hombres. Cada mes, de acuerdo al calendario ceremonial, fue la oportunidad para la realización de algunas festividades con cierta relación al 14 de febrero y el 30 de octubre, los días del equinoccio, y el 21 o 22 de junio y el 21 o 22 de diciembre, los días del solsticio, que ocurren regularmente.

Las fechas de mayor celebración fueron denominadas **Raymi**, festival o danza principal. En junio, **Inti Raymi**, se celebraba el festival o danza del sol. En diciembre, **Capac Raymi**, fue el festival principal. En octubre, **Uma Raymi**, el festival del agua coincidía con la fecha de la venida de las lluvias. El 14 de febrero era la fecha del **descenso** del sol, pero no había **Raymi**. Poma de Aya'a señala el mes de abril para el festival del Rey o **Inca Raymi**, aunque la cuarta fecha, citada por la mayoría de los cronistas, es **Coya Raymi** o festival de la Reina, que cae en septiembre.

Los Aymaras conocían únicamente dos estaciones: **Jallu Pacha**, la estación de la lluvia, y **Lupi** o **Anti Pacha**, la estación seca. Los incas denominaban a estas dos estaciones **Pacay Mita** y **Rupay Mita**.

Entre los calendarios Inca y Gregoriano de la Iglesia Católica existe una estrecha relación, ya que el principio del año se coloca entre los últimos días de diciembre y los primeros días de enero.

A juzgar por las fiestas celebradas en los meses de enero, **Juchuy Pucuy**, la maduración pequeña; febrero, **Jatun Pucuy**, la madurez grande; marzo, **Paucar Uaray**, la vestidura de las flores; abril, **Airihua**, la danza del maíz joven;

mayo, **Aimuray**, la fiesta de la cosecha, podemos darnos cuenta que el factor determinante es el cultivo del maíz, indicándose el proceso de desarrollo de esta gramínea hasta su cosecha. En junio, **Inti Raymi**, mes en el que por las abundantes cosechas se realizaba un gran festival, se tributaba las más rendidas gracias al Padre Sol. En julio, **Anta Situay**, la purificación terrena. Agosto, **Capac Situay**, la purificación general, es el mes en que se lleva a efecto la purificación de los hombres y el pueblo. En septiembre, **Coya Raymi**, el festival de la Reina o sea que, bajo la inspiración de la Reina, se realizaba el ritual lunar y maternal. Octubre, **Uma Raymi**, el festival de la lluvia, está destinado a las prácticas religiosas encaminadas a obtener abundantes lluvias. En noviembre, **Ayamarca**, la procesión de los muertos, se opera la bendición de los campos por los muertos o **Mallquis**. En diciembre, **Capac Raymi**, fiesta principal, tiene lugar el gran festival que culmina la labor económica, religiosa y mágica, ejercida para asegurar la fertilidad de la tierra, la que está en condiciones de proveer abundantes alimentos.

Acerca del período Inca, en relación con las divisiones del tiempo en semanas y días, se tienen muy escasos informes. Es sabido que los incas conocían las fases de la luna y, consecuentemente, de la semana. Únicamente Montesinos afirma que la semana Inca tenía diez días y el año doce meses de tres semanas. En el exceso de una semana de cinco días o mes pequeño se incluían los días intercalables. Para las subdivisiones del día en tres etapas principales, se basaron en el movimiento del sol, como son: la salida, **Anti**; el medio día, **Inti**, y la puesta, **Conti**.

En relación con la división del tiempo entre los Chibchas, cuya correlación cultural con determinados pueblos que habitaron el Ecuador precolombino es notable, se dispone de una abundante información. El año civil constaba de veinte lunas, el religioso de doce y el ritual de treinta y siete. El siglo constaba de veinte años vulgares o civiles.

El año (**zocan**) era un siglo lunar y no un verdadero año (anulus) que supone el retorno de un astro al mismo sitio de donde partió.

El ciclo de 20 años de a 37 lunas, o sean 60 años nuestros, era dividido en cuatro pequeños ciclos, que se cerraban en **hisca**, **ubchihita**, **quihicha hisca** y **gueta**, respectivamente. En estos pequeños ciclos representaban las cuatro estaciones del gran año. Cada una de estas consistía en ciento ochenta lunas que corresponden a casi quince años nuestros. El gran sacrificio del **Guesa** se realizaba al finalizar cada una de éstas.

En cuanto a divisiones más pequeñas, se tiene conocimiento que tres días constituían una semana y diez semanas una luna denominada **Suna**, que quiere decir gran camino. El día estaba dividido en cuatro partes: **Sua mena**, que comprendía desde la salida del sol hasta medio día; **Sua mcca**, desde el medio día hasta entrarse el sol; **Zusca**, desde que entra el sol hasta media noche, y **Cagui** desde media noche hasta salir el sol.

Según referencias de Acosta, Humboldt y Duquesne, sabemos que el calendario y la división del tiempo estaba a cargo de los **Jques** o sacerdotes astrónomos chibchas, quienes utilizaban los calendarios grabados en piedra y de jeroglíficos que designaban los periodos del tiempo, cuyos nombres tenían relación con los trabajos agrícolas que el pueblo debía ejecutar.